

BIBLIOTECA
EN
EL COMERCIO
Sección.....
Número.....

FOLLETINES DE "EL COMERCIO."



314

P

01744

Al Sr. Dr. Don J. B. Gutiérrez
808.81
6 896 p

UNIVERSIDAD BOLIVIANA
UNIVERSIDAD MAYOR DE SAN ANDRÉS
BIBLIOTECA CENTRAL
La Paz - Bolivia

In un...
J. B. Gutiérrez
BIBLIOTECA
EN
J. B. GUTIERREZ

[FOLLETIN DE "EL COMERCIO"]

Sección.....
Número.....

—0—

POESÍA LÍRICA

CONFERENCIA XXVII DEL "COURS FAMILIER DE LITTÉRATURE" DE LAMARTINE,

TRADUCIDA

POR

F. E. Guachalla

LA PAZ DE AYACUCHO

Imprenta de la *Union Americana*—de César Sevilla

1878

POESÍA LÍRICA.

(Conferencia XXVII del "Cours Familier de Littérature"
de Lamartine (I), traducida para "El Comercio.")

I.

El alma humana es un profundo misterio, que solo el Criador podrá explicar.

Envano los psicólogos, esa especie de químicos del espíritu, se afanan por descomponerla, dividiéndola en diversas y distintas facultades. Envano dicen: esto viene de los sentidos, esto viene del ser inmaterial; pues, nada más consiguen que envolverse en sus definiciones, contradecirse en la distinción y perderse en su análisis. Como los químicos, sus antagonistas, cuando quieren separar de su crisol los principios del alma humana para decir—vedla aquí!, ellos no tienen delante de su pluma o bajo sus dedos, más que un poco de ceniza; la sustancia se ha evaporado. Como el alquimista alemán de las antiguas baladas, solo escuchan la risa sarcástica del misterio invisible e impalpable, que estalla en las tinieblas y sobre sus cabezas burlándose de su sacrilega curiosidad.

No hacemos lo que ellos. Decimos francamente la primera y última palabra del

[1] Tome cinquième, Paris, Typographie de Firmin Didot frères, 1858.

Conocemos dos ediciones en castellano, —la una, en 4 tomos, Paris 1857—59, y la otra en 5 volúmenes, Sevilla, 1870—76,—pero en ninguna de ellas se encuentra la conferencia que hemos traducido.

hombre:—*Misterio!* Nada sabemos de los principios constitutivos del alma humana, ella es lo que es. No la conocemos más que por sus fenómenos tan admirables, tan numerosos y tan sublimes, que bastan para abismarnos, durante el curso de los siglos, en una inefable contemplación de las facultades del alma.

II.

Hemos dicho en otra ocasión, que una de las más preciosas facultades del alma, era la de manifestarse por medio de la palabra escrita o hablada, o en otros términos, por la literatura universal. Añadimos ahora, que el alma siente la necesidad o el instinto de expresarse, ya en palabras, ya en el canto, según la naturaleza de sus impresiones. La necesidad de cantar es tan natural al alma, y sobre todo al alma conmovida, como el instinto de hablar. De ella ha venido la música, ese canto sin palabras, que se escribe en notas intraducibles en ningún idioma, y que dice entre tanto al oído del hombre tantas melodías, y melodías tan dulces y elocuentes, que ninguna palabra articulada puede expresar.

De ella también ha venido la poesía lírica, ese canto del alma a sí misma o a las demás, que nos dice todo lo que la simple palabra escrita o hablada es insuficiente a revelar.

III.

Y esta necesidad de cantar, necesidad del todo irreflexiva, pero imperiosa como un instinto, no es esclusiva de los poetas. Existe en todos los hombres, en las mujeres, en los niños, y hasta en cierta clase de animales, como los pájaros, esos poetas del aire, de la pradera o de los bosques.

Su desenvolvimiento en los corazones sensibles, depende enteramente de las circunstancias interiores o exteriores de la vida, de la edad, de los climas, de las estaciones.

Es la manifestacion de la abundancia de vida y de sensaciones, que desbordándose de los sentidos, tiene necesidad de derramarse en efusiones melodiosas, aun cuando esas efusiones inundén tan solo nuestro oído.

Es la embriaguéz del alma, que no reflexiona en sus propias impresiones, pero que hace estallar o jemir el corazón y la voz, bajo la influencia de la felicidad, del amor, de la tristeza o de la admiracion que la domina.

Cantar es estallar ante el hombre o ante Dios. Todo canto es una esplosion del corazón o del espíritu; hé aquí por qué es tan dulce escucharlo; hé aquí tambien por qué, en todos los tiempos y en todos los lugares, los poetas y los músicos merecen el amor de las naciones.

El poeta y el músico son la voz de los que no tienen voz, pero que tienen corazón; de aquellos que se gozan al reconocer sus inefables y profundas impresiones, en esos versos o en esas notas en consonancia con su alma. Los poetas son los instrumentos esgrados, en que la humanidad oye resonar sus propias melodías.

IV.

Ciertas predisposiciones interiores o exteriores, ya os hemos dicho, son necesarias al alma del hombre y a la de los animales, para que ese instinto del canto se manifieste en toda su vehemencia. La emocion es para el alma, lo que el martillo para el bronce, para ese bronce inerte, que no resuena sino cuando es herido.

Salid en una hermosa mañana de primavera del estrecho y sombrío recinto de las ciudades, para ir a contemplar la espléndida belleza de los campos. Pasad por la orilla de un río, al borde de los arroyos, por la ribera del mar o cerca de los bosques que repiten el éco de gratas melodías, y escuchad!—un canto se eleva del cáliz de cada flor, de la copa de cada árbol de la montaña, del hueco de cada surco de la miés dorada. El insecto embriagado en su copa de perfume, la codorniz en la pradera, el mirlo en el zarzal, el ruiseñor sobre las ramas marchitas, la cigarra misma en el polvo ardiente del campo labrado; todo, todo canta delante del sol. El astro calienta a la vez esa inmensidad de vegetales llenos de sávia y esos millares de pequeños corazones que se oye palpitir en la confusion de sus voces.

El aire, la tierra, las aguas, las plantas, los seres animados, no forman mas que un concierto, cuya nota universal es la alegría de la vida; es el ruido de la vida animal ó vegetal, vida que se escurre, que espumea, que palpita y que murmura corriendo con la sávia, con la sangre, con la sensacion con el pensamiento, en esos torrentes animados de la creacion.

Dicen que las esferas tienen su armonía; yo lo creo, es verdad, porque hasta la mas lijera onda de aire en primavera lleva consigo voces y cantos. Y si aun el átomo de tierra se entusiasma, cómo esos globos luminosos del firmamento, que ostentan mas vida y que de mas cerca reflejan al Criador, conservarían su indiferencia y su silencio?

V.

Este delirio universal es comunicativo; este delirio que en la primavera, despertar de la vida, se exhala de la voz de todos los pájaros y de todos los insectos del aire. El hombre no puede oír sus conciertos sin unir a ellos su voz.

Escuchad la flauta del pastor, que descansa tranquilo en las playas del mar o en la orilla de un río, y oid cómo se esfuerza

por imitar las modulaciones ya alegres, ya tristes del canto del ruiseñor, o los gemidos de la paloma.

Escuchad cómo la aldeana, escardando el trigo verde y llevando bajo su hoz el purpuro canastillo de amapolas, tan hermosas como sus mejillas, se anima, se entusiasma en su trabajo con un débil canto a media voz, de que ella misma no tiene conciencia!

Escuchad cómo el labrador, sureando la tierra con su arado, distrae a sus animales y se distrae él mismo con el canto, que se mezcla a los mujidos de sus bueyes y al ruido monótono de sus ruedas!

Escuchad cómo los pescadores y los marineros, recostados a la sombra de la vela, sobre el puente de su barca, hacen resonar a lo lejos y sin pensarlo, esos acentos cadenciosos que de ola en ola, van a apagarse a la riberal!

Si preguntais a cada una de estas voces por qué canta, no sabrá responderos. La voz se exhala porque rebosa en el corazón; eso es todo.

El hombre canta cuando vive feliz en su reposo y en su trabajo. El entusiasmo de la felicidad le da entonces la melodía y el diapason; porque el mismo Dios es el autor de esta música universal, inspirada en las silenciosas emociones de la armonía escrita en el corazón, que mide el compás con sus rápidas o lentas palpitaciones.

VI.

Pero no solamente el reposo, la alegría, el trabajo, la felicidad, hacen cantar al hombre: son todas las grandes emociones del corazón. Las mas naturales, las sublimes inspiraciones del canto en el alma humana, son el amor y la adoración. Toda ternura es melodiosa, todo entusiasmo es poético; decimos mas, es piadoso.

En todos los países el amante canta bajo las rejas de su prometida; la madre al lado de la cuna de su hijo; la nodriza, sonriendo, al oído de su niño para arrullarle o adormecerle; los mancebos y las jóvenes, bendecidos por sus padres, unos para otros, cantan tambien en la cabaña tiernamente

asidos de la mano, en sus alegres veladas, al resplandor de la luna y bajo la sombra de los verdes narajos de la Sicilia o de los sombríos pinos de la Helvécia.

Los templos, llenos de la presencia de Dios, tambien están llenos del canto de los hombres, incienso del corazón que se eleva de sus lábios desde que aquellos se creen en presencia de la Divinidad. Parece que la estatua de Memnon, convertida en armonía por un rayo de sol, fuera la perfecta imájen del corazón humano. El sacerdote, ese músico de nuestros suspiros, nos canta al paecer, al bendecir la santa union de dos almas, en el augusto sacrificio, en el sepulcro de todos los hombres. Sus himnos son lágrimas y alegrías. El mas noble y el mas santo de los sentimientos del hombre, la piedad, sea que jima o implore, que contemple o se abisme en el sagrado delirio de la adoración, la piedad se exhala en himnos que resuenan dulcemente en el éxtasis del alma!

En fin, el patriotismo, esa noble pasión del hombre, cuando estalla hasta el heroísmo en defensa del suelo querido de sus padres, de su cuna, de su tumba, de sus hijos; o cuando se eleva hasta el sacrificio que inmortalizó la gloria de los trescientos defensores de las Termópilas; el patriotismo, entonces, canta como Tirteo, como Rouget de Lisle o como Beranger, uno de esos himnos nacionales que resuenan en la víspera de los combates. Y cuando una victoria inesperada, pero heroica, ha salvado de la guerra fratricida o de la invasión extranjera, sus hogares, sus esposas, sus ancianos, sus niños, sus madres, entonces en un canto instintivo se traduce su alegría y su gloria. Ninguna victoria es completa sino cuando el *Te Deum*, llevando al soldado vencedor y al pueblo al pie de los altares del Dios de la Patria, eleva hasta los cielos esas notas de su triunfo y de su reconocimiento.

La *Marsellesa* y el *Te Deum* son las dos manifestaciones mas poderosas de ese instinto lírico del alma, que la hace cantar cuando rebosan sus sentimientos y cuando la palabra es insuficiente para espresar su

entusiasmo, su propia vida o su felicidad. En aquéllos momentos quién no es poeta lírico!

Y quién no lo ha sido alguna vez en su vida íntima o social? No hai un corazón de amante o de ciudadano, un corazón piadoso sobre todo, que no haya hecho vibrar en su voz las melodías de su alma!

No hablo de nosotros los poetas. Nuestra naturaleza impresionable y hasta cierto punto enfermiza, nos arranca mas frecuentemente que a los otros, esos entusiasmos del corazón y del espíritu, esos delirios del amor, de la piedad o del patriotismo, que ahogarian el pecho, sino se exhaláran en la música o en los versos. Hablo de los hombres mas indolentes, mas sencillos, mas ignorantes: ellos son tambien en ciertas horas y sin saberlo, grandes líricos. Permittedme citaros un ejemplo del que fui testigo en mi infancia, y cuya impresion, aunque pueril, vive siempre en mis recuerdos.

VII.

Tenia yo doce años, cuando al lado de uno de mis tíos, el abate de Lamertine, habitaba su vasto castillo situado en el sombrío valle de Urey, en los alrededores de Dijon. Esta morada solitaria y claustral, rodeada por todos lados y como encerrada por frondosos bosques, parecia una inmensa abadía de cartujos, levantada en lo mas escabroso de la montaña. Los lobos y los jabalíes atravesaban por bandadas el cespéd mas apartado del jardín, para buscar bajo la sombra de las hayas, el agua de los estanques y de las fuentes.

El edificio, construido y apropiado ántes de la revolucion para la numerosa familia de mi abuelo, era demasiado vasto para un célibe. Mi tío vivía simplemente como un aldeano en la oscuridad y en la libertad de su desierto. El escaso ajuar de un hombre apartado del mundo, se hubiera perdido en esos vastos salones y en esas inmensas galerías. Para animar esta mansion y para ocupar sus ocios, se habia con-

sagrado por completo al cultivo de sus tierras.

El castillo, apesar de su bella arquitectura italiana y de los restos de su antigua elegancia, se habia convertido en una hermosa granja. En todos los establos se oía el balido de los carneros traídos de España, el mugido de los bueyes y el relincho de los caballos de labranza, mientras una treintena de sirvientes, muchachos del cortijo, carreteros, baqueros, labradores y pastores, se reunían por la mañana, al medio dia y a la caída de la tarde, bajo las bóvedas abumadas de la cocina y en los bancos que rodeaban una ancha mesa de nogal. Un viejo cocinero a quien se le llamaba tío José y que era a la vez el mayordomo de confianza del abate, presidía la frugal comida, sentado a la cabecera de la mesa.

El viejo José que me habia visto nacer y que me miraba como al presunto heredero del Castillo, me queria tanto como una nodriza quiere a su niño. Yo pasaba en la cocina y a su lado una buena parte del dia, escuchándole las tradiciones de la familia, que se complacia en referirme. De este modo concurría habitualmente a la comida de los labradores, en cuya mesa miraba humear el tocino apitoso envuelto en doradas hojas de cónes, junto a rebanadas de pan blanqueado por sabrosa crema. El vino coloreaba en los vasos, moderada pero liberalmente distribuido en porciones desiguales segun el trabajo y la edad. Mi presencia no turbaba en manera alguna, esa alegre conversacion, que se animaba aun mas con el escaso vino que ponía fin a la comida.

VIII.

Yo conocía así todas las historias amorosas del castillo y de las dos aldeas vecinas de Urey y de Arcey, y conocía tambien a sus personajes; porque a la época de escardar o recojer los frutos, de esquilár en el redil, y en todos los trabajos de la granja, venían las jóvenes de las dos aldeas a vivir en familia, trayendo al castillo sus instrumentos de labranza.

Concluida la faena con los últimos rayos del sol, mi tío les permitía reunirse con los muchachos del castillo, en una espaciosa galería del piso bajo, embaldosada con mármol y decorada con un artesonado ya empolvado y carcomido. Allí danzaban al son de agreste música, formando un círculo a cuyo alrededor jiraban asidos de las manos. También yo formaba parte de esa cadena, y con el entusiasmo de la infancia, con esa alegría de la primera edad, saltaba y brincaba estrechando entre las mias, las complacientes manos de las mas jóvenes y mas bellas segadoras del país.

Entre ellas había una que apenas contaba diez y seis años, y que era ya la admiración y la envidia de toda la juventud de las aldeas vecinas. Se le llamaba la *Melliza*, porque había nacido el mismo día que un hermano suyo, el que no se le apartaba jamás y venía con ella a segar y recojer las mieses del castillo.

IX.

Yo la veo todavía en mi memoria.....y siempre que paso por aquel camino de fierro, mirando la cumbre sombría de las montañas de Urcey, de Arcey y del puente de Paay, que me esconden el techo del castillo ya desierto, siento vivísimas ansias de correr en pos de la Melliza para verla una vez mas y para saber sí, despues de tantos años conserva aun algunos de los hechizos, con que esta Cloe de las Galias encantaba mi infancia, mis ojos y casi mi corazón.

Su frente era estrecha y poco elevada, como la que los escultores de Chipre y de Milo dan a sus estatuas de mujer; pues la Grecia y la antigüedad sabían muy bien que la verdadera belleza de la mujer, no está en la inteligencia de la fisonomía, sino en la tierna espresion del rostro. Sus cabellos de un hermoso color de oro rodeaban su frente, caidos en bucles ligeramente ondeados, cuyas hebras mas doradas a la estremidad que sobre las sienes, jugaban en su rostro, reluciendo como los primeros rayos del sol de la mañana. Sus ojos tenían una mirada apasible, pero siempre meditabunda; y sus rosados lábios que casi nun-

ca sonreían, como abismados en tiernos pensamientos, ocultaban la blanca hilera de sus dientes de marfil, que se parecían a los de un oorderillo. Su tez, conservada por la sombra perpétua del follaje de la montaña, era tan blanca, pero mas sonrosada que la de una hija de las ciudades. Sus brazos eran hermosos y robustos, sus manos pequeñas y delicadas y sus piés tan pulidos, que brillaban como los de una estatua de mármol, cuando los sumerjía desnudos en la corriente del agua, para lavar los vellones de carnero. Tal era la Melliza, de un carácter dulce, pero un tanto serio para su edad.

Su natural modestia, el rubor de sus mejillas, su cándida timidez, todo le atraía el amor de las muchachas de la aldea y el respeto de sus compañeros de trabajo.

Solo en las islas del Archipiélago griego, o bajo las tiendas de los árabes de la Siria, he encontrado alguna vez la imájen, aunque pálida, de esta hermosa zagala de nuestras montañas.

X.

Esta Cloe tenía su Dafne, sin que nadie, ni yo mismo, lo hubiera apercibido.

Este Dafne era el que guiaba los arados del castillo. Mi tío lo había recojido, bajo su proteccion, de una pobre viuda de la aldea de Arcey. Ocupado en su servicio, de pastor de cabras, se había hecho con la edad guiador de bueyes. Contaba veinte años, aun cuando su fisonomía no revelaba sino diez y seis.

El viejo José, los carreteros, los segadores, los labradores y todos sus compañeros, acostumbrados a no tratarle sino como a un niño, le habían visto crecer sin apercibirse, y le tenían siempre como al Benjamín de esta tribu rural. No se sentaba con los demás a la mesa; apartado de todos y de pié, comía silenciosamente su racion de carne, de coles y de pan. Cuando tenía sed, lejos de beber como los demás en un vaso, iba a la cocina a buscar el agua de las basijas, para beberla en una escudilla de cobre, siempre colgada detrás de la puerta.

Se le llamaba por costumbre el pequeño Didier, y era sin embargo un muchacho alto y vigoroso, de espesa cabellera, de naciente barba en sus rosadas mejillas, de piés macizos, anchas espaldas un tanto encorvadas para adelante y de puños tan sólidos como los nudos del roble. Oierta natural sencillez que habia heredado de su madre, y que torpemente se traducía por idiotismo, y la costumbre de creerse el último del castillo, le daban una apariencia de inferioridad entre sus compañeros, que se habian acostumbrado a su complacencia tan habitual como incansable.

Cada uno de ellos le quería para abusar de su paciencia y para encomendarle lo mas pesado de sus tareas. El no escusaba jamás su buena voluntad y siempre se levantaba el primero, para dar el heno a los bueyes, la avena a los caballos y el trébol a los carneros. Su ociosa actividad solo se recompensaba con la burla que hacían de su condescendencia para con todos; pero él soportaba resignado los sarcasmos, los retruécanos y los ridículos nombres con que le llamaban, inclinando sobre el pecho su hermosa cabeza infantil, y sonriendo con un aire tímido y confuso, que exitaba aun mas la burla y las carcajatas de sus compañeros. Era en fin, eso que los aldeanos llaman en su lenguaje expresivo, el *sufretodo* del castillo. Su resignacion, su silencio y la costumbre de verlo paciente, les hacia creer que era insensible.

Sin embargo, nada estaba mas distante de la verdad; su sencillez no era mas que el exeso de su buena fé, y su aparente idiotismo, desmentido por el brillo de sus ojos y su intelijente mirada, no era mas que la bondad de su corazon afectuoso para todos.

Tenia el hábito mui arraigado de no responder a esas bromas, que solo las tomaba y con razon, como una cariñosa familiaridad.

Didier me quería demasiado y yo le quería tambien como al que mas se me aproximaba en edad, entre los sirvientes de la granja. Yo le acompañaba por todas

partes; y mientras él conducía, a lo largo de las avenidas del castillo, sus cuatro bueyes blancos y leonados, por entre esos inmensos campos rodeados de fresnos, yo recojía los gusanos que la reja del arado dejaba descubiertos en los surcos, para ofrecerlos a los ruiseñores de mi jaula. Él me descubría los nidos ocultos entre los zarzales del campo, y alguna vez me confiaba por un momento su larga vara de avellano armada de un aguijon, con la cual hería lijeramente los hijares empolvados de los bueyes, llamando a cada uno por su nombre, e imitando en cuanto me era posible la voz chillona y monótona del gañan.

XI.

Desde su infancia el pequeño Didier, no habia permanecido indiferente al ver crecer a la Melliza y embellecerse a sulado. La amaba, pues, sin saber y sin explicarse lo que era amor. Pobre hijo de una viuda que vivía casi en la mendicidad y recojido por caridad en el castillo, se consideraba tan inferior en origen, en posicion, en intelijencia, a todos los jóvenes de la granja y de las aldeas vecinas, que hubiera creído un sacriljio el solo pensamiento de confesar su tierno amor a la hermosa aldeana, objeto de todas las miradas y de la constante ambicion de sus compañeros. Por eso no levantaba jamás sus ojos hácia ella. El solo síntoma que podía revelar su amor, era el rubor de su semblante ordinariamente pálido, y el movimiento trémulo de su robusta mano, cuando le presentaba, como los otros segadores, la escudilla de cobre llena del agua de la fuente, que ella bebía al levantarse de la mesa, despues de la comida del medio día.

El pequeño Didier tampoco sabia mezclarse en la danza de las veladas, ni se atrevía a tomar la mano de la Melliza; por el contrario, siempre que ella entraba en la danza, y cuando su compañero la levantaba del suelo entre sus dos brazos, como es costumbre al fin del baile, arrojando uno de esos prolongados gritos que son el *hurra* de estas fiestas campestres, Didier inclinaba

ba la cabeza, cerraba los ojos, y, buscando un protesto cualquiera, huía de ese lugar, como si alguna vez le hubiera llamado al jardiñ o al establo.

Excepto el cocinero José y la Melliza nadie se imaginaba que el pequeño Didier, tuviese ese oculto sentimiento, comprimido dentro de su alma. Sus compañeros hubiesen contestado con una carcajada a la simple indicación de un amor tan desigual; porque acostumbrados a no contarle para nada, y a confundir su candor y su silencio con una especie de idiotismo, no se preguntaban siquiera si Didier tenía corazón.

Hacia algún tiempo que la Melliza se había apercibido de este amor, para guardarlo solo en su alma. Sin darse cuenta de ese sentimiento, dulcificaba mas su voz cuando hablaba con Didier, aceptándole con una tierna confianza y con una especie de complacencia, que contrastaba notablemente con las exigencias y alegres bromas de las otras jóvenes, todos los servicios que instintivamente le ofrecía en la mesa, en la casa o en los campos.

Si nada probaba que le mirase como a su novio, todo indicaba que lo había aceptado por su *servidor*. Este es el nombre con que las aldeanas (de mi país, designan a esos tímidos aspirantes a su amor que, como Jacob, quieren merecer mucho ántes de pedir algo.

XII.

Entre tanto la encantadora belleza de la Melliza, célebre ya en todas las aldeas vecinas, le atraía numerosos pretendientes que la solicitaban en matrimonio; pero, cada vez que su padre le hablaba de estas proposiciones, hechas para lisonjear su vanidad, ella respondía que era todavía demasiado joven, y que tiempo había para resolverse hasta la cosecha o la pascua venidera. Los suspiros de los mas gallardos y mas ricos mocebos de la vecindad, no eran tampoco mejor aceptados; porque ella amaba, sin atreverse a descubrirlo, a aquel que suponían, entre todos los demás, el mérito digno de alcanzar su predilección, o merecer siquiera una de sus miradas. Di-

dier no había lisonjeado su vanidad, pero había herido su corazón.

Sin hablarse jamás, la Melliza y Didier, acabaron por comprender que había entre los dos un secreto que ninguno de ellos se animaba a revelar. Esa especie de limbo del amor recíproco, pero oculto, es mas frecuente en las almas tímidas y sencillas de los aldeanos. El ojo mas perspicáz y mas diestro de una joven costurera llamada Niceta, que habitualmente trabajaba en el castillo, llegó a descubrirlo todo. Habló a la Melliza de las atenciones del pequeño Didier; habló al pequeño Didier de las preferencias de la Melliza, y así acabó por convencerse del estado de esos dos corazones, hasta que el guiador de bueyes creyó poder atreverse al pensamiento de hacer hablar de matrimonio, al padre de la hermosa joven.

XIII.

El padre habló a su hija de esta inocente declaración del pobre niño, sonriendo como de una broma que no merecía atención, y a la que, sin duda, le habían precipitado los muchachos y las jóvenes del castillo, para burlarse del candor del hijo de la viuda. Pero la Melliza, léjos de reír como su padre, guardó temblorosa y ruborizada profundo silencio, y se fué a ocultar al granero, donde su madre la sorprendió llorando sin saber por qué.

En la tarde de aquel día, el padre parecía haber cambiado de ideas. Como un hombre que reflexiona y vuelve en sí, dijo moviendo la cabeza: que el pequeño Didier, aunque muy joven, era un buen muchacho; que tenía todo su aprecio como un excelente obrero, complaciente en trabajar por todos los demás; que merecía mucho mas para permanecer eternamente de guiador de bueyes; que la Melliza no podía casarse con un niño, que todavía no se ocupaba sino de agujonear a los bueyes de la labranza; pero que, si su condición se mejoraba un poco mas con un salario mayor, y si, por ejemplo, se le entregaba en propiedad el manejo de un arado con ciento veinte francos al año, dos pares de sucos,

un par de zapatos y seis camisas de tela de cáñamo, ya se podía escuchar su proposición y autorizarle a cortejar a la Melliza que, aunque tan adorada y tan bella, podía también fijarse en el hijo de la viuda.

La Melliza, al oír estas palabras, se levantó de la mesa enjugándose los ojos con el borde de su delantal, y se fué silenciosa, como por la mañana, a llorar sola en el granero; pero esta vez sus lágrimas, eran lágrimas de alegría.

XIV.

En la mañana del siguiente día, la costurera Niceta me contó todos estos detalles, que los había sabido por la Melliza, y yo se los refería mi tío, que tenía el carácter más complaciente y el corazón más fácil de conmoverse, que hubo jamás bajo el pecho de un hombre.

“Y bien! me dijo, sonriéndose, vamos a hacer la felicidad de dos corazones y la envidia de otros. Vé a decir a Didier que entregue el aguijón a su hermano menor; que yo le doi el manejo de un arado, ciento veinte francos de salario, cuatro pares de suecos, un par de zapatos y seis camisas; que además me encargo de celebrar las bodas en el castillo, y que allí danzarán cuanto quieras con la Melliza.”

Todo fué hecho con la prontitud y el entusiasmo con que este excelente hombre, siempre preocupado con la ajena felicidad, realizaba una buena acción. Didier entregó el aguijón a su hermano, transmitiéndole gravemente todos los preceptos y las tradiciones del oficio, con afectuosas instrucciones sobre los diversos caracteres de sus cuatro bueyes: cómo este se sacudía dando coces, cuando se le tocaba la espalda; cómo aquel era más obediente a la voz que al aguijón; cómo el colorado tenía siempre necesidad de oír cantar o silbar para animarse en el trabajo; y cómo el blanco era tan manso, que tenía miedo aun de herir a un niño, y tan paciente, que se podía descansar los brazos y apoyarse con toda seguridad sobre el yugo y entre sus astas, sin que sacudiese la cabeza sino para librarse de las moscas. En seguida, se apresuró a

unir los cuatro bueyes a un arado nuevo, y labró todo el día un largo espacio de terreno detrás de los jardines, desde donde se distinguía, sobre la opuesta colina y a través de los bosques, la aldea de Arcey y el humo de la casa de la Melliza. Oh! con cuánta ansiedad miraba, ya el sol, que para él declinaba demasiado lento en ese día, ya aquella casa de piedras grises que encerraba su destino!

XV.

A la caída de la tarde, después de haber desnucado los bueyes y echádoles trebol en el establo, el pequeño Didier limpió su vestido, se puso los zapatos y ya no apareció en la cocina a recibir, como de ordinario, su ración de manos del tío José. Se deslizó desapercibido por entre los peñascos que descienden del castillo al estrecho valle de Arcey; subió, no sin detenerse muchas veces de miedo y de angustia, por la escarpada colina en cuya cima se divisa la pequeña y negra iglesia de la aldea, y entró, bañado en sudor y jadeante, en la casa de la Melliza, cuya puerta abrió con mano temblorosa. Ella le había visto venir de lejos por el sendero de las cabras, pero no se atrevió a decir ni una palabra; y apenas llegó, se fué a ocultar en el jardín, detrás de la casa, para dejarlo solo con su padre.

Lo que paso en esta entrevista entre el pequeño Didier y el padre de su novia, solo es posible adivinar. Pero todo se hizo, sin duda, de perfecto acuerdo y con recíproca complacencia; porque la noche había estendido ya su manto sobre las montañas y la llanura, y todavía el padre y el pretendiente, con el rostro animado por la confianza y la cordialidad, estaban sentados al extremo del banco y junto a la mesa, sobre cuyo mantel se veía un pedazo de pan, un queso blanco y una botella de vino; mientras la Melliza, llamada con insistencia del jardín e invitada por su padre, de pie y humildemente colocada a su espalda, se resistía a beber del vaso de su prometido.

XVI.

Ésa noche fué, sin duda la mas feliz y acaso la única feliz en toda la vida del pobre Didier, hasta entónces. Su corazón se abrió para dar y para recibir todas las promesas de una inocente felicidad.

La luna se elevaba ya en el espacio cuando salió de la casa para volver al castillo; la Melliza le acompañó, con el permiso de su padre, hasta la cruz de piedra, que separa la aldea de los bosques. Didier no se atrevió a mirarla, ni a estrecharle la mano; sentía que la llevaba en su pecho y se alejó con los ojos inclinados hácia el suelo, conteniendo su aliento y su voz mientras pudiese ser oído. Pero cuando descendió la fragosa pendiente, que baja de lo alto de las montañas de Arcey hasta el oscuro llano del puente de Pany, y cuando volvió a subir el barranco mas estrecho y mas sombrío, que por entre los bosques conduce al castillo; entónces, su corazón demasiado lleno no pudo contenerse mas, y estalló en el silencio del desierto y en medio de la noche, como una esplosion del alma.

XVII.

Esta esplosion de su alma ignorante y sencilla dió a su voz, ordinariamente débil y dulce, una vibracion tan enérgica, una fuerza tan estridente, que hacía temblar las hojas de los árboles, como el trueno de la tempestad; tempestad de sentimientos y de alegría en un corazón de niño, que se comunicaba por el eco de las rocas a la naturaleza inanimada, y que parecía querer llevar hasta la cumbre de las montañas y hasta los astrós del firmamento, el anuncio, el eco, el entusiasmo de su felicidad.

Una casualidad me hizo festigo de esta escena nocturna del delirio lírico de un pobre guidor de bueyes.

Después del trabajo y en la cena de aquella noche, se habían apercebido en el castillo de la ausencia del pequeño Didier. Los rumores de la mañana entre los labradores y las indiscreciones de la costurera con las jóvenes, divalgaron el motivo. To-

dos, a excepcion de los rivales un tanto celosos, se reían de la fortuna del guidor de bueyes. No podían comprender cómo la mas hermosa muchacha de la comarca, que podía elejir entre los pretendientes de todas las aldeas, hubiese escogido para su esposo a un pobre adolescente que aun era niño, por el candor de su alma y la docilidad de su carácter. Sus camaradas le llamaban el *inocente*, palabra que ellos confundían con la de idiota. Se prometían reír del niño a su regreso. Cómo la noche estaba serena, la luna hermosa y esplandeciente en el cielo, quisieron anticiparse a la vuelta de Didier, y fueron en grupo, muchachas y jóvenes, a esperarle en el sendero de Arcey; los unos para felicitarle, los otros para burlarse de él; estos para gozar de su ventura y aquellas para hacerle una de esas bromas, con que en los campos suele ponerse a prueba, la credulidad o el valor de los jóvenes.

Yo seguí a la alegre multitud, acompañando del viejo José, que tambien queria gozar de la sorpresa maliciosamente preparada al pobre Didier.

XVIII.

El escabroso sendero por el que éste debía pasar, abierto entre las breñas y estrechado por frondosos robles, descende del castillo hasta la llanura de Arcey y se halla interceptado al medio por una roca cortada a pico, que obstruye el paso y que parece el peldaño de una inmensa escalera de treinta codos de alto. Sin duda, la caída de algunas cascadas que la tierra absorbió durante largos siglos, la volvió tan lisa y tan pulida como el mármol. Para que fuera un poco mas accesible a los pastores y jornaleros, que quisieran abreviar el camino de Arcey al castillo, mi abuelo siempre complaciente, habia hecho cortar a cinco o seis escalones del ancho de medio palmo, para que los aldeanos al descender o subir pudieran asegurarse allí con las manos y apoyar el pulgar del pié. Espesos zarzales de enebro, sombreados por altas y frondosas hayas, forman la corona del peñon que se levanta al lado del castillo.

Los muchachos y las jóvenes de la granja sustrayéndose a la claridad de la luna, permanecían allí ocultos y silenciosos. El viejo José y yo esperábamos también el regreso del novio.

XIX.

A los primeros écos de la voz de Didier, que resonaban, como un trueno, en el fondo del valle, todos se levantaron para distinguirlo de lejos a la claridad de la luna. Los guijarros crujían rodando bajo los clavos de sus zapatos, y él caminaba con un paso, ya lento, ya precipitado, como si sus pisadas hubieran seguido involuntariamente el ritmo grave o acelerado de los movimientos de la sangre en su corazón.

Con una larga vara de avellano, armada del aguijón de sus bueyes, que por costumbre llevaba en la mano, sacudía por intervalos y a golpes repetidos, los zarzales y las ramas de los árboles del camino, como si estuviese desafiando a la naturaleza entera; a menudo blandía también su otro puño contra los troncos de los robles plateados por la luz de la luna. Interrumpía entonces su canto durante algunas respiraciones, para elevarlo con más fuerza, a medida que se aproximaba al fondo del valle, donde comienza el estrecho sendero del castillo. Su voz se aproximaba, y más sonora y acentuada, traía a nuestro oído esas palabras confusas y desordenadas, que eran, sin que él lo supiera, una oda o un diti-rambo. De tal manera impresionaron mi alma y se grabaron en la memoria de los habitantes del castillo, por la fuerte emoción de la escena que nos sorprendió, que yo las recuerdo todavía en este instante, como en el momento mismo en que resonaban en mis oídos de niño.

XX.

“Campo al pequeño Didier!”...cantaba con ritmo pausado y en un aire pastoril del país, cuyas notas quisiera poder escribir aquí, notas ya lánguidas y graves, como el movimiento del arado surcando la tierra, ya rápidas e impetuosas, como la carrera de los corceles en la llanura, ya tan fluidas

y tan dulces al destilarse de los labios, como los ritornelos inarticulados de las tiro'esas. “Campo al pequeño Didier!...” decía a los caminos, a los árboles, a las rocas, dejándose llevar por sus desiguales e inciertos pasos.

“Yó!...yo soi el prometido, yo soi el novio de la Melliza!...Campo para Didier!...campo!...campo!

“Su padre me ha estrechado la mano!

“Su madre me ha tendido el mantel!

“Ella ha coloreado como el vino en el vaso!

“Ha coloreado tan complaciente!....

“Y se ha ido, se ha ido al jardín a esconderse bajo la espesa sombra del corpulento manzano!

“El padre ha echado el vino en mi vaso!

“Me ha invitado a beber!

“Y me ha dicho:—habla, yo te escuchó!

“Y yo nada he dicho, nada, durante la primera botella!

—Mujer, tráenos otras más!

“Y yo nada he dicho todavía!

“Pero a la tercera ha esclamado:

—“Yo te comprendo; tendrás a mi hija.

“Y mis dedos han dejado caer el vaso!

“Y mis lágrimas han regado mi pan!

—“Es posible, es verdad?; he dicho yo.

—“Vé a buscar a tu hija en el jardín y que ella misma se lo diga!

“Y ella ha venido y me ha dicho:—yo te amo!

“Y hemos bebido en el mismo vaso!

“Y vamos a ser desposados el sábado venidero!

“Campo, dadme campo!....

“Rocas, zarzales, guijarros, ramas que me cerrais el camino, me reconocéis?

“Soy el pequeño Didier!

“El guiador de bueyes!

“El conductor del arado!

“Yó!....yo soi un rei, yo soi el rei de los hombres!”

Y sacudiendo los zarzales con el mango de su aguijón, despertaba los pájaros bajo las ramas y continuaba:

“Mirlos, volad!

XXI.

La multitud que le esperaba guardó profundo silencio, bajo la sombra de las ramas, que oscurecía por completo el peñasco.

“Y es él, ciertamente? Y como es posible, se decían, todos los muchachos ahogando su riza, que ese pobre Didier, que jamás habló una sola palabra mas alto que otro, cante hoy dia como uno de nuestros violinistas, que regresa de la fiesta?—Y que hable, añadian las jóvenes, a los mirlos, a la luna, a las estrellas, a los bueyes y a las alondras?”

Pero ese *Te Deum* del amor continuaba elevándose aun mas, a medida que se aproximaba. En sus intervalos solo se oía el ruido de los clavos de sus zapatos sobre los guijarros, los golpes de su vara sobre los zarzales, y la fuerte y ajitada respiración de un hombre que asciende por un escabroso sendero.

Bien luego el pequeño Didier, llegado al pié de la roca que le impedía el paso, se quitó los zapatos, aseguró sus dedos en los intersticios del peñasco, apoyó el pulgar del pié en las pequeñas cornisas cinceladas para facilitar la ascension de los pastores, y se levantó casi hasta el nivel del último escalon de piedra, donde permanecíamos ocultos para sorprenderle.

En este momento, los muchachos y las jóvenes, se levantaron todos a la vez del rincón donde estaban escondidos, lanzando uno de esos gritos estrepitosos, que en el país se llaman *chuffr*, gritos de entusiasmo, que hacen resonar de tiempo en tiempo y para divertirse, los leñadores en la montaña, los viñadores entre las cepas, los segadores en la pradera, y los trilladores al concluir su trabajo en la era de las mieses.

XXII.

Sorprendido el pequeño Didier, con esta algazara inesperada en esa soledad y a esas horas, y aterrado con los estallidos de risa, que siguieron a la explosion, se detuvo suspendido en el borde de la roca y con las manos crispadas sobre las ramas del arbusto, que sostenía el peso de su cuerpo.

- “Volad mirlos!
“Id a decir a los nidos de los bosques de Arcey, que me habeis visto!
“Que habeis visto al pequeño Didier, cantando ahora mejor que vosotros!
“Ruisenores, ruisenores, amigos míos, id tambien a decirselo a vuestros pequeños y a vuestra compañera, que está en el nido, como la Melliza escuchándome allá a lo lejos!
“Vosotros no estais tan alegres como yo!
“No! no sabeis tan dulces canciones!
“Yo estaba mudo, mudo como vosotros en el invierno; el vino y el amor me han hecho cantar!
“Cantar como vosotros!
“Escuchadme!... escuchadme y callaos!
“Silencio! riachuelo, que me cortais la palabra con vuestro murmullo!
“Silencio, rueda del molino, haceis demasiado ruido en esta noche!
“Ahora solo debe oirse mi voz desde el campanario de Arcey, hasta la roca de Sombernon!
“Luna, mírame, y vé a decirselo a las estrellas!
“Has visto al prometido de la Melliza!
“Soi yo!
“Arriba, mis bueyes, amigos míos, me reconocereis tambien?
“Yo echare el trébol a brazadas llenas en el establo!
“Echaré la sal a puñados.
“Es preciso que todo el mundo esté contento hoy dia!
“Mañana yo abriré profundos surcos con el arado!
“Mañana al levantarse el sol, labraremos recto, amigos míos, recto y profundo, y las alondras partirán alegres delante de vosotros!
“Volad, alondras, volad cantando!
“Subid al azulado cielo, subid, pero no llegareis mas arriba que mi corazón que canta con vosotras!...
“Yó!... yo soi el prometido, yó!... yo soi el novio de la Melliza!... Campo para mí!...”

Los muchachos y las jóvenes, riendo a carcajadas, salieron a su encuentro.

“Pobre inocente, le gritaban de todas partes, no ves que desde la mañana se están burlando de tí? Tú! tú el novio de la mas hermosa jóven del país? Sueñas tal vez? Oh! no has visto acaso que el padre para burlarse de tí, te ha dado a beber esas tres botellas de vino que te hacen cantar? No has comprendido que la jóven, de acuerdo con nosotros, para engañarte, te ha hecho creer que se casará con un guiador de bueyes? Ella! la que ha despreciado a hijos de molineros y propietarios? Vamos! pobre Didier, vuelve a tu juicio, vuelve a tu buen sentido, y ahoga en tu pecho esa alegría y en tu garganta esa canción! Que mas puedes ser? Siempre la diversion de todos y el juguete de la Melliza!”

A estas palabras que arrojaron súbitamente todo el hielo del sarcasmo sobre el fuego de su delirio, el pequeño Didier, conservando todavía una humilde duda, sintió que el corazón le faltaba dentro el pecho. Sus dedos, abiertos como por una mano de hierro, se desprendieron de las ramas del arbusto que le sostenía sobre el abismo; resbaló el pulgar, de la estrecha cornisa que habia tomado como punto de apoyo para saltar la sima del precipicio, y rodó desmayado por la pendiente, con la frente ensangrentada por las breñas, y sin exhalar ni un grito de dolor!

XXIII.

Los muchachos y las jóvenes, asustados de la imprudencia que habian cometido, acudieron en su socorro por todas direcciones. Los gritos de dolor y de espanto resonaron hasta la aldea de Arcey. Le creían muerto!

La Melliza, que habia permanecido sentada en el banco de su puerta, escuchando a lo léjos el canto de su novio, oyó tambien su caída y el clamor sordo y desesperado de la multitud.

Se precipitó entónces... y rápida y veloz, esparcidos sus cabellos al viento, abiertos los brazos, abandonada su mantilla a las breñas del camino, y con los piés descalzos

y ensangrentados, corría hácia la roca..... Nunca he visto nada mas patéticamente bello, que esta Niobé de la cabaña, llorando bajo los rayos de la luna y sobre el cuerpo de su prometido. Su voz, sus lágrimas que bañaban la frente de su amante, le volvieron a la vida.

El primer suspiro del guiador de bueyes fué el nombre de la Melliza.— “No; no es la caída, exclamó, la que me hace morir; es la idea, la sola idea de que toda la esperanza de mi felicidad no era mas que un sueño!”.....

Para convencerle entónces de que era verdadero su consentimiento, la Melliza y su padre, sosteniéndole de los brazos, le llevaron a dormir bajo su techo.

Pocos días despues, se celebraron alegremente en Arcey y en el castillo, las bodas del pequeño Didier y de la hermosa aldeana.

Hé aquí la primera oda que yo escuché. Hé aquí tambien como llegué a comprender, que la necesidad de cantar, cuando el alma está conmovida por el placer hasta el entusiasmo, es un instinto innato en el hombre, sea ignorante o sábio.

El canto no es ménos natural, instintivo y forzado, por decirlo así, cuando el alma está emocionada hasta el estupor de sus facultades, por un dolor intenso y profundo. Esta esperiencia me enseñó mi propio corazón, a algunos años despues de la aventura lírica de mi querido Didier.

XXIV.

Acababa de perder a mi madre! Jamás un dolor mas intenso se anidó en mi corazón. Sentía desfallecer mis fuerzas y apenas me quedaba aliento para sobrevivir. Ausente de la casa paterna en el momento en que un accidente abrevió sus días, regresé aceleradamente a postrarme ante su ataúd, para guardar esos despojos venerandos en el agreste cementerio de la aldea, que juntos habíamos habitado en mi infancia, y que ella prefería por su paz y su ventura, a todas las moradas de la tierra. Con paso macilento y al lado de su cadáver, llevado sobre los hombros de cuatro aldeanos,

amigos nuestros, atravesé los escarpados senderos de una cordillera de montañas incrustadas en un océano de nieve. Mientras caminaba este fúebre convoi, la posturación de mi alma me impedía sentir el caudancio y el penetrante frío de un riguroso invierno.

Al medio día, despues de haber enmplido ese amargo y tristísimo deber, sepultando con el ataúd mis mas dulces esperanzas, en las eblutadas bóvedas del cementerio de familia, que se levanta como una oscura sombra entre la iglesia de la aldea y el jardín del castillo de Saint-Point, volví a entrar a ese recinto silencioso durante el invierno y mil veces mas vacío y silencioso, desde que el ánjel que le animaba con su sonrisa, dormía yá los primeros días de su eterno sueño.

Los conductores, que a la caída de la tarde debían acompañarme por los mismos senderos de la montaña, descansaban junto a la mesa y se calentaban al fuego de la cocina. Yo permanecía, entre tanto, encerrado en un pequeño aposento, destinado en otro tiempo a los archivos del castillo, y situado en el último piso de una torre, desde cuya altura se divisaba el cementerio, la iglesia y el campanario de la aldea. Agoviado bajo el peso de mi dolor, me arrojé sobre el tapiz empolvado del pavimento, como el humilde mastin en el regazo de su amo.

Recostado en el suelo y sosteniendo mi cabeza entre mis dos manos apoyadas en el borde de la ventana, veía caer los copos de nieve que envolvían la cúpula del mausoleo y el corpulento cedro, que es el ciprés de los sepulcros del norte. Miraba entónces, a través de los arcos del campanario, el movimiento alternativo de la campana, que mostraba en sus oscilaciones su ancha boca y su lengua de bronce, como para elevar hasta las nubes su grito de dolor, retrocediendo horrorizada despues de haber resonado en la soledad de las bóvedas. Sus lentas vibraciones se repetían tan seguidamente en el timpano de mis oídos, y en medio de mi insomnio, que mis pensamientos

segufan involuntariamente la oscilación del bronce, apropiándose sin sentirlo, para jermir y llorar, el ritmo de esa fúebre plégaria. Así, despues de algunos tañidos, cantaba en mi mismo todo mi dolor, desgarrándome el alma y el corazon; y cantaba con los gemidos de la campana, la elejía de duelo y de ternura, que elevaba a mi madre, ausente para siempre de mi ojos.

Como dijo el Dante, ese sublime cantor de todo lo que es sobrenatural, semejante a *aquel que habla y solloza a la vez*, mis sollozos siguieron el ritmo de ese lúgubre tañido, y canté dentro de mi propio ser, una oda de lágrimas a la memoria de esa madre adorada que huyó de la vida; oda que nunca volveré a hallar en mis recuerdos, y que si alguna vez la encontrase, no la escribiría, nó; porque el extremo dolor tiene su misterio de pudor, como el amor extremo. Lo que es mas sublime en nosotros no se espresajamás, pues, las palabras son los *medios*, segun la espresion de los geómetras, y los *medios* nunca se elevan a lo divino de los sentimientos, a los impulsos inefables del corazon humano. Desde la cuna y desde el maternal regazo hasta el último suspiro, en el que una madre deja su alma a sus hijos y aun las bendiciones que del Cielo vá a derramar sobre ellos, ese ai!... esa oda, que hace caer hilo a hilo mas lágrimas que notas, encierra todo eso que reanima, todo eso que consuela, todo eso que bendice a los hijos del hombre sobre la tierra, lo lleno y lo vacío de la vida!

Yo no sentía que estaba acompañando con mi voz los tañidos de la campana. Cuando ésta calló, súbitamente me alcé del suelo, indignado contra mí mismo por haber cantado.

XXV.

Pero no era la voluntad la que me habia hecho cantar, era el instinto. Las profundas emociones, las de la muerte misma, son líricas. Yo he visto a dos jóvenes amantes exhalar el último suspiro cantando. Sus almas volaron confundidas en dos estrofas, cuya cadencia musical hacia un horrible contraste con la muerte. Ellos mis-

mos se lloraban en armoniosos jemidos, y sus oídos parecían gozar con sus propias lamentaciones.

XXVI.

El patriotismo también, como lo han probado Tirteo y todos los poetas, esos músicos nacionales, el patriotismo inspira el canto cuando se vá a morir por la patria. Nos basta citar para la Francia, aquella admirable esplosion de la *Marsellesa*, cuyo autor nos fué conocido y cuya narracion tenemos consignada en una de nuestras historias. Es la poesía del suelo, el lirismo de la Patria, el canto de los trescientos espartiatas, del que un éco ha resonado en Francia, en las montañas del Jura, en 1792.

Hé aquí esa narracion.

Los departamentos se preparaban con ardiente entusiasmo, para enviar a Paris los veinte mil hombres pedidos por la Asamblea. Los marseleses, llamados por Barbaroux a insinuaciones de Madame Roland, se aproximaban a la capital. El fuego de las almas del Mediodia venía a atizar en Paris la hoguera revolucionaria, que a juicio de los girondinos estaba próxima a apagarse. Esta brigada de mil doscientos a mil quinientos hombres, comandada por jóvenes marseleses, amigos de Barbaroux y de Isard, estaba formada de genoveses, ligurianos, corsos y piomonteses expatriados; la mayor parte eran marineros y soldados aguerridos en el combate y algunos malhechores familiarizados con el crimen. Todos ellos fueron alistados por un golpe de energía en las costas del Mediterráneo. Fanatizados con el entusiasmo y la elocuencia de los clubs provenzales, espléndidamente recibidos y agasajados en todas partes, ébrios de entusiasmo y de vino en los banquetes patrióticos que se sucedían en su tránsito, avanzaron en medio de los aplausos de las poblaciones del centro de la Francia. El pretexto de su marcha era el de faternisar en la próxima federacion del 14 de julio con los otros federados del reino; pero el motivo secreto era intimidar la guardia nacional de Paris, retemplar la energía del populacho y ser el atalaya de

ese campamento de veinte mil hombres, que los girondinos habian hecho votar a la Asamblea, para dominar a la vez a los fuldenses, jacobinos, al rei y aun a la Asamblea, con ese ejército organizado por ellos mismos.

El mar del pueblo se agitaba a su aproximacion. Las guardias nacionales, los federados, los clubs populares, los niños, las mujeres, toda esa parte del pueblo que vive con las emociones de la calle y se precipita a todos los espectáculos públicos, volava al encuentro de los marseleses.

Su rostro atezado, su aspecto marcial, sus ojos de fuego, sus uniformes cubiertos con el polvo del camino, su gorro frijo, sus armas resplandecientes, los cañones que rodaban a su retaguardia, las verdes ramas con que sombreaban sus gorros encarnados, sus idiomas extranjeros mezclados de juramentos y acentuados con el jesto feróz de sus semblantes, todo heria vivamente la imaginacion de la multitud. La idea revolucionaria parecia haberse hecho hombre y avanzaba, bajo la figura de esta horda, a reducir a cenizas los últimos despojos de la Monarquía. Entraban a las ciudades y a las aldeas bajo de arcos triunfales, y marchaban cantando terribles estrofas, que alternadas con el ruido regular de sus pasos, al son de sus tambores, parecían los corazones de la patria y de la guerra, respondiendo, como al precipitarse a los combates y en intervalos iguales, al choque de las armas y de los instrumentos de muerte.

Escuchábase el paño uniforme y acompañado de miles de hombres marchando juntos, en defensa de sus fronteras, por el suelo de la patria que retumbaba bajo sus pisadas. Escuchábase el éco lastimero de las mujeres, el jemido balbuciente de los niños, el relincho de los caballos, el sibido de las llamas del incendio que devoraba los palacios y las cabañas, y después se oyeron los rudos golpes de la venganza, que caían con la cuchilla, inmolando a los enemigos del pueblo y a los profanadores de la patria. Las notas de esta armonía se destilaban entónces, como las gotas de sangre todavía

caliente de una bandera enrojecida en los campos de batalla. Esas notas hacían temblar, pero era intrépida la convulsión que corría con sus vibraciones en el corazón; reemplaban el valor, duplicaban las fuerzas y hacían olvidar la muerte. Era el río de fuego de la Revolución, que inundaba con la embriaguez del combate, los sentidos y el alma del pueblo.

Así todos los pueblos oyen en ciertos momentos, el estallido de su alma nacional en acentos que nadie ha escrito y que todo el mundo canta. Todos los sentidos quieren llevar su tributo al patriotismo, para alentarse mutuamente: el pie marcha, el gesto anima la voz, la voz aturde el oído, el oído commueve el corazón. El hombre todo se temple como un instrumento de entusiasmo. El arte se hace santo — la danza, heroica — la música, marcial — la poesía, popular. El himno, que en ese instante brota a torrentes de todos los labios, no muere jamás. Semejante a esas banderas sagradas suspendidas en la bóveda de los templos y que solo flamean en ciertos días, el canto nacional se guarda, como una arma suprema, para las grandes necesidades de la patria.

Nuestro himno nació de circunstancias que le imprimieron un carácter particular, y que le hacen a la vez mas solemne y mas siniestro: la gloria y el crimen, la victoria y la muerte, parecen entrelazadas en sus estrofas. Fué el canto del patriotismo, pero fué tambien la imprecación del furor; llevó nuestros soldados a la frontera, pero acompañó nuestras víctimas al cadalso. El mismo acero que en la mano del soldado, defendió el corazón del país, fué el que, en la mano del verdugo, cortó la cabeza de las víctimas.

XXVII.

La *Marsellesa*, que conserva confundidos los ecos de un canto de gloria y de un grito de muerte, sublime como el uno, fúnebre como el otro; la *Marsellesa* anima la Patria y hace palidecer a los ciudadanos.

Hé aquí su oríjen.

En la guarnición de Estrasburgo hallá-

base entónces un joven oficial del cuerpo de ingenieros, llamado Rouget de Lisle. Nacido en Lons le-Saulnier, en el Jura, país del delirio y de la energía como lo son siempre las montañas, ese jóven amaba la guerra como soldado, la revolución como filósofo; endulzando con los versos y con la música las lentas impaciencias de la guarnición.

Buscado por su doble talento de músico y de poeta, frecuentaba familiarmente la casa del baron de Dietrich, noble alsaciano del partido constitucional, amigo de Lafayette y Correjidor de Estrasburgo. La mujer del baron y sus jóvenes amigos participaban del entusiasmo del patriotismo y de la Revolución, que palpitaba aun mas en las fronteras, como las crispaturas de los nervios, que son mas fuertes en las estremidades. Todas ellas estimaban al bizarro oficial; inspiraban su corazón, su poesía, su música; confidentes de los primeros ecos de su jénio, ejecutaban sus pensamientos apenas brotaban de sus labios.

En el invierno de 1792 el hambre tenía aflijida a la ciudad de Estrasburgo. La casa de Dietrich, opulenta al principio de la Revolución, se habia empobrecido con las calamidades del tiempo. Su mesa frugal era hospitalaria para Rouget de Lisle, que en la mañana y en la tarde ocupaba su asiento, como un hijo o un hermano de la familia. Un día que no pudieron ofrecerle mas que pan de munición y algunas tajadas de jamon ahumado, Dietrich mirando a de Lisle con triste resignación, le dijo:— “La abundancia falta en nuestros festines, pero, ¿qué importa, si el entusiasmo no falta jamás a nuestros regocijos patrióticos y el valor al corazón de nuestros soldados? Tengo todavía una última botella de vino del Rhin en mi bodega; que nos la traigan, esclamó, y bebámosla a la salud de la libertad y de la patria! Estrasburgo debe tener bien pronto una fiesta cívica; es preciso que de Lisle destile de estas últimas gotas uno de esos himnos que lleve al alma del pueblo, la embriaguez de donde ha brotado.”

Las jóvenes aplaudieron con entusiasmo ese noble pensamiento, y el vino se consumió en los vasos de Dietrich y del joven oficial. La noche estaba fría y la hora era avanzada, cuando de Lisle meditabundo, emocionado su corazón, inflamada su cabeza y transido por el frío, entró vacilante en su solitario aposento. Buscó lentamente la inspiración, ora en las palpitaciones de su pecho de ciudadano, ora en el teclado de su instrumento de artista, componiendo unas veces la música antes que las palabras, otras las palabras antes que la música, y asociándolas de tal manera en su pensamiento, que él mismo no podía saber si las notas o los versos habían nacido primero, siendo imposible separar la poesía de la música y el sentimiento de la expresión. Cantaba todo, nada escribía.

XXVIII.

Rendido con las emociones de esta sublime inspiración, descansó su cabeza sobre el instrumento y se durmió para no despertar sino a los primeros rayos del sol de la mañana. Los cantos de la noche volvieron penosamente a su memoria, como las impresiones de un sueño; los escribió, los anotó y corrió a la casa de Dietrich, que estaba en su jardín plantando con sus propias manos lechugas de invierno. La esposa del patriota Correjidor no se había levantado todavía; Dietrich la recordó, llamó a algunos amigos tan apasionados como él por la música y capaces de ejecutar la composición de Rouget, y éste la cantó acompañado de una de las jóvenes. A la primera estrofa, palidieron los rostros, a la segunda las lágrimas corrieron y a las últimas, estalló el

delirio del entusiasmo. Dietrich, su esposa, el joven oficial, todos se arrojaron llorando los unos en brazos de los otros. El himno de la patria había sido descubierto! pero, ah... debía ser también el himno del Terror!

El infortunado Dietrich, pocos meses después, marchó al cadalso, al son de esas notas nacidas en su hogar, del corazón de su amigo y de la voz de su mujer.

La nueva canción, ejecutada algunos días después en Estrasburgo, volvió en las orquestas populares de ciudad en ciudad. Marsella la adoptó para cantarla al principio y al fin de las sesiones de sus clubs, y los marseleses, cantándola en su camino, la jeneralizaron en toda la Francia. De aquí le vino el nombre de *Marsellesa*.

La anciana madre de de Lisle, realista y religiosa, horrorizada con la voz de su hijo, le escribía: —“¿Qué significa ese himno revolucionario cantado por una horda de bandidos que atraviesa la Francia, y al cual se mezcla vuestro nombre?”

El mismo de Lisle, proscrito por federalista y huyendo por los senderos del Jura, le escuchó estremecido, resonando en sus oídos como una amenaza de muerte. “¿Cómo se llama este himno?” preguntó a su guía; —“La *Marsellesa*,” le respondió el aldeano. Así supo el nombre de su propia obra, y perseguido por el entusiasmo que había sembrado tras sí, apenas consiguió salvar de la muerte. El arma se volvía contra la mano que la había forjado.

La revolución en su delirio, no reconocía ya su propia voz!